

EL FIEL ALFREDO

Había una vez un niño llamado Alfredo que vivía en un pequeño pueblo campesino. Tenía diez años y era hijo único. La mayoría de las personas del pueblo, tanto niños como adultos, admiraban a este energético muchachito pues siempre estaba alegre y dispuesto a ayudar. Su padre era dueño de la tienda de comestibles del pueblo y Alfredo con frecuencia ayudaba a su papá en los quehaceres de la tienda.

Alfredo tenía una gata a la que quería mucho. A menudo su gata, llamada Pelusita, era la única compañía que tenía cuando su papá salía a atender otros asuntos y su mamá estaba en casa y él se quedaba solo a cargo de la tienda. Pelusita corría alrededor del negocio persiguiendo ratones y bichitos y, a veces, Alfredo corría con ella, obviamente cuando no había clientes.



Una noche de verano, cuando el papá de Alfredo se encontraba en un pueblo cercano recogiendo provisiones, Alfredo miraba por la ventana a algunos de los otros niños que jugaban.

—Alfredo, sal a jugar con nosotros —lo llamó su amigo Abel.

—No puedo —respondió Alfredo—. Tengo que cuidar la tienda hasta que vuelva mi papá. Gracias de todos modos.

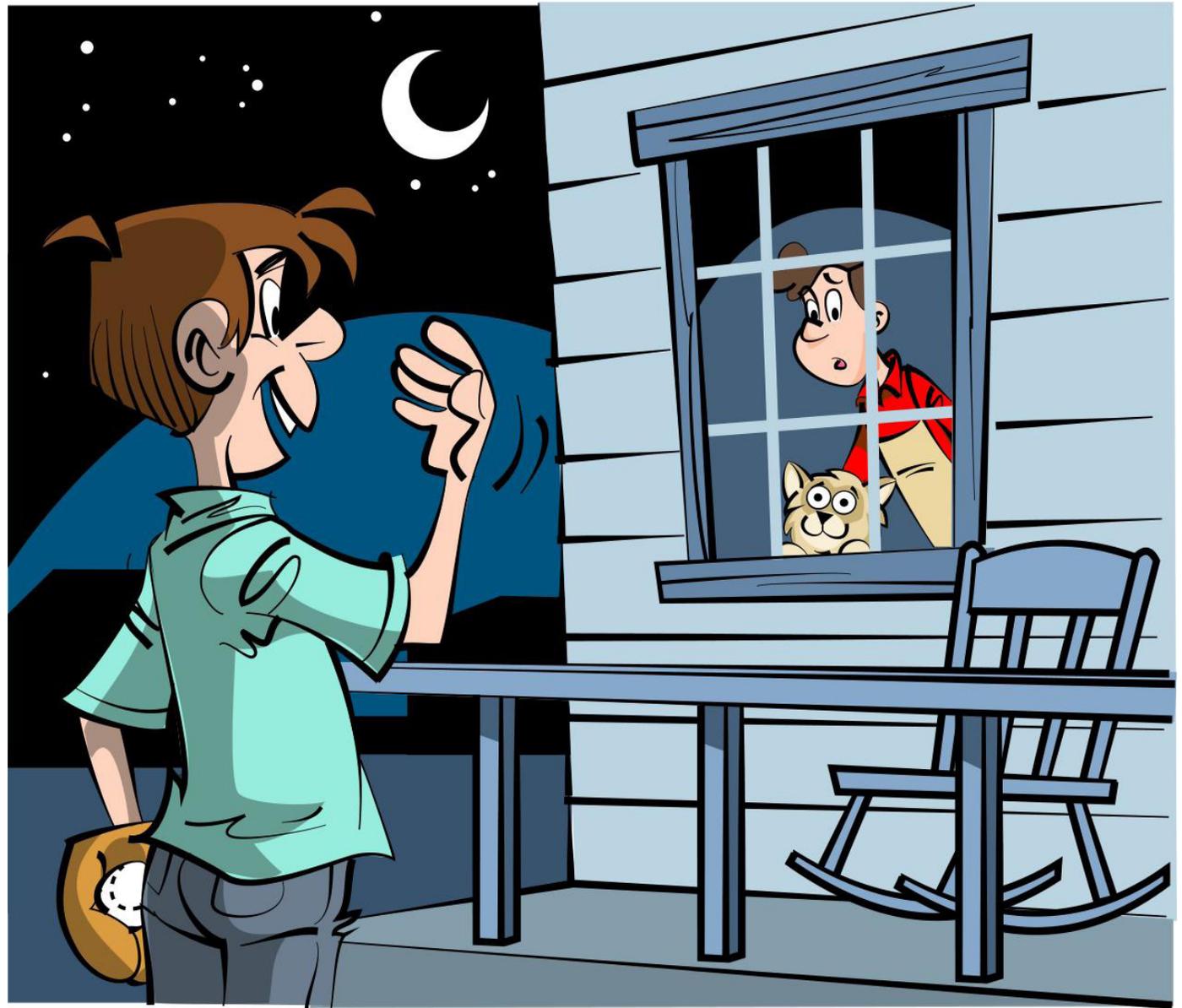
—Ay, vamos —dijo Abel—. Tu papá ni va a saber que saliste. Además, en los últimos veinte minutos no ha habido un solo cliente.

Alfredo lo pensó por un momento y luego negando con la cabeza, dijo:

—Lo siento, pero no puedo salir a jugar con ustedes cuando sé que mi papá confía en que yo cuide la tienda por él.

—Está bien —dijo Abel entre dientes y se fue con el resto de los chicos.

Alfredo se dio la vuelta y con un grito ahogado vio a su padre parado en la parte de atrás de la tienda.



—Hola papá —dijo sonriendo.

—Hola, Alfredo —contestó su padre, al tiempo que Alfredo le daba un abrazo.

—Me alegro de haber vuelto temprano —le dijo su padre—, porque alcancé a escuchar lo que hablabas con Abel. Estoy seguro de que para ti no fue fácil elegir entre quedarte en la tienda o salir a jugar con tus amigos. Me siento orgulloso de ti por la decisión que tomaste de ser responsable y hacer lo correcto.

Alfredo estaba muy complacido. Siempre se alegraba cuando su padre lo elogiaba.

—Después de que vayas corriendo a casa y le digas a mamá que volví, puedes salir a jugar con tus amigos —le dijo su padre—. Yo me hago cargo de la tienda.

Alfredo estaba en las nubes de contento y se fue corriendo.

Alfredo aprendió una lección muy importante: que es mejor cumplir con las obligaciones que uno tiene. Aunque en el momento pensara que nadie lo estaba viendo, en su corazón, sabía que Dios siempre nos observa y podía ver todo lo que hacía, y eso lo ayudó a tomar la decisión correcta.

